

## Sombras de café

Hoy haz algo para ti.

Prepara café. Una taza.

No. Mejor, dos tazas.

Quizá la soledad tenga sed esta noche.

Bajó del coche. Una leve llovizna dibujaba surcos oscuros en su cazadora negra. Caminó pegado a las fachadas de las casas, mirando las centenarias macetas de geranios muertos que colgaban desde los balcones. Llegó a la verja que cercaba la vivienda de su abuelo y empujó con los dedos la valla metálica. Estaba abierta, allí no había motivos para cerrar con llave. Subió las escaleras del porche deprisa, saltando de dos en dos los peldaños marrones y con una mano fundida en la barandilla. Al llegar arriba, las luces que presidían la puerta de la entrada titilaron al verlo, como contentas.

Era tarde y las primeras nubes de tormenta habían comenzado a desprenderse de su carga. A pesar de la niebla, que parecía *palpable*, Nicolás podía ver el viejo tractor aparcado en el interior del garaje, al fondo. Todavía exhibía en su lateral derecho una enorme brecha, producto del accidente de hacía dos años. Él ignoraba cómo podían llegar a volcar esos trastos, con lo lento que avanzaban, pero al parecer lo hacían con bastante frecuencia. Abrió la puerta de la entrada.

Desde el interior de la casa rezumaba un olor dulzón, mezclado con el ronroneo de una cafetera en proceso de hervir. Avanzó lentamente mientras observaba las fotografías que colgaban de las paredes. Casi podía dibujarlas con los ojos cerrados. Entró en la cocina y se encontró con su abuelo, que colocaba pastas de mantequilla en una bandeja de plata. Él giró la cabeza, y miró a su nieto por el rabillo del ojo. Después, atravesó el umbral y esperó a que él lo siguiera. Así lo hizo.

Valeriano Ávila, con una mano en la cadera derecha y la otra sujetando la bandeja, avanzó hasta salón. Se tambaleaba un poco al caminar, cojeando del lado en el que llevaba la mano de apoyo. Dejó los tentempiés en la mesilla redonda del centro y se sentó en su vieja butaca de piel exhalando un suspiro. Hacía mucho tiempo que no se sentaba sin quejarse. Nicolás tomó asiento en el sofá de al lado, cerca de él, y se quedó callado esperando a que hablara.

—Nicky, ya has llegado. Te esperaba más pronto así que puede que las galletas estén un poco duras, pero puedes coger una, de todas formas.

Agarró una y se la llevó a la boca. No estaba dura, sino tan blanda que se deshacía entre sus dedos.

—Sé que tendría que haber llegado antes, pero las carreteras estaban embarradas, así que iba más despacio.



—La vieja carretera del pueblo ¿eh? Ese condenado trozo de tierra lleva sin asfaltar desde que se inauguró. Tal vez si lo hicieran vendría aquí más gente o, como mínimo, el técnico de la luz —y señaló con la vista a través de la ventana, justo donde continuaban parpadeando las luces del porche.

Nicolás sabía que las quejas de su abuelo sobre la carretera no tenían nada que ver con el técnico de la luz. Hacía dos años que él y su padre, Ramón, habían volcado en aquel lugar mientras manejaban el tractor. La cadera derecha de su abuelo quedó hecha pedazos mientras que su padre perdió la vida en la caída. *Tal vez si hubiese estado asfaltada*, pensó, *podrían haberlos socorrido a tiempo*. Tragó saliva ante esta idea.

—Nicky, hazme un favor, ve a la cocina y aparta el café del fuego, sirve un par de tazas y vuelve con ellas.

Nicolás se levantó e hizo todo lo que él le había mandado. Volvió con los vasos de cristal en las manos, a pesar de que se quemaba, y los dejó junto a los restos de las pastas. Se acomodó de nuevo en el sofá, entrelazando los dedos tras la nuca y clavó la mirada en un pequeño marco de plata pulida. Ahí, atrapada tras una pared de cristal, se encontraba su abuela. Dulce. Brillante. Perfecta. La señaló con el mentón antes de hablar.

—Está preciosa.

El comentario provocó una sonrisa en su abuelo que duró un instante. Nicolás guardaría ese recuerdo durante muchas semanas, era algo insólito. Había días en que ni siquiera podía recordar el sonido de la risa de su abuela, y la de él empezaba a parecerle un recuerdo lejano.

Horas más tarde, intentando conciliar el sueño en la pequeña habitación de su infancia, se diría a sí mismo que por ese motivo había ido al pueblo, para pasar más tiempo con él. Pero en el fondo sabía que no, sus motivaciones eran otras.

Despertó con el sonido lejano de un gallo cacareando. Los rayos de luz se colaban entre las tablas de la ventana y el tenue viento aún arrastraba los silbidos de la tormenta de la noche pasada. Nicolás se obligó a levantarse, se vistió a oscuras y descendió por las escaleras. El piso de abajo olía a café recién hecho. Su abuelo estaba sentado junto a la mesa, en su butacón preferido, sirviendo el líquido negro en pálidas tazas y tarareando en silencio una canción antigua. Al verlo, agitó la tetera en el aire, y los grumos calientes dieron un vuelco en su interior.

—Aún queda otra más, siempre hay que hacer una taza de más por si hay visitas.

Nicolás tenía la ligera sospecha de que su abuelo no le preparaba café a las visitas, sino a la soledad. Hacía años que convivía con ella, tanto en el lugar en el que vivía, prácticamente vacío, como en su casa, tras la pérdida de su esposa y de uno de sus hijos. Nicolás pensó que él también los añoraba y que ese sentimiento de por sí era igual de solitario.

Desayunaron juntos hablando de cosas sin importancia, como lo revoltoso que estaba el tiempo o el despoblamiento que estaban sufriendo desde los últimos años en el pueblo. *Parece una epidemia*, había comentado su abuelo, aunque Nicolás no le había dado importancia. Para él, aquel lugar estaba irremediabilmente condenado a desaparecer. Eso



formaba parte del progreso. En ese momento miró su teléfono, el cual había dejado sobre la mesa la noche anterior, y ladeó la cabeza, pensativo.

—¿Aquí no hay cobertura?

Valeriano se limitó a preguntarle para qué la quería. *Para hablar con alguien*, pensó él, *para escapar de este pueblo fantasma por unos minutos*. Sin embargo, no dijo nada. Se estiró desde su asiento para intentar coger el aparato pero su abuelo fue más rápido. Colocó su mano nudosa sobre él, encerrándolo en una jaula de huesos, y miró a su nieto intensamente con sus ojos verdes.

—Realmente Nico, ¿a cuánta gente de ahí *dentro* necesitas?

—A toda —dijo, pero en seguida se dio cuenta de que no era cierto. Tal vez a una docena, quizá menos...

—A ninguna —concluyó Valeriano, y se levantó con una agilidad sorprendente—. Vamos, saldremos a la calle.

Cuando tenía que andar distancias largas Valeriano se ayudaba con un bastón de madera, aunque cada vez lo necesitaba con más frecuencia. Estaba tan delgado que apenas quedaban partes carnosas en él, sino que su cuerpo estaba cubierto por una delgada película de piel que dibujaba el contorno de su esqueleto. Nicolás no pudo evitar pensar que su abuelo había perdido mucho desde el accidente.

Dieron un paseo por el pueblo, atravesándolo de punta a punta, y solo se cruzaron con dos vecinos que volvían de la panadería. Nicolás recordaba aquel sitio muy diferente, tanto que sus recuerdos de niñez parecían proceder de un lugar distinto. Quizá solo fueran eso: recuerdos modificados por el paso del tiempo. Cuando era niño, las calles estaban repletas de gente y había muchos otros chavales de su edad con los que poder jugar. Ahora, según tenía entendido, la persona más joven del pueblo era una mujer de cincuenta y dos años. Recordó entonces la conversación con su abuelo durante el desayuno, y pensó que tal vez no fuese tan irrelevante el problema de la despoblación, tal vez cabía preocuparse, tal vez sí era una epidemia.

Aquel ni siquiera parecía su pueblo, sino una sombra de lo que un día fue. Un espectro que parecía alimentarse del café para las visitas de su abuelo y que vestía al pueblo de una soledad marrón que crecía con cada una de sus tazas extra. Una sombra disfrazada de café que lo consumía por momentos. Quizá necesitara algo de luz para disiparla.

Doblaron la esquina y se encontraron ante la iglesia, rodeada de lápidas por ambos lados. No había más remedio que atravesar el cementerio si uno quería acceder al edificio. Lo bordearon y desembocaron en una pequeña plaza que hacía las veces de mirador. Valeriano se sentó en uno de los bancos de piedra que había allí, dispersos de manera que formaban un círculo entorno a un pozo de decoración. En frente de él se alzaba una gran montaña cubierta de pinos y, a sus pies, un profundo barranco. A la izquierda, una escalinata secundaria llevaba de nuevo al cementerio. La vista de las losas adelantadas al gran acantilado del que nacía la montaña era inquietante, incluso provocaba una sensación de angustia. Parecía advertir que si te acercabas demasiado, pronto estarías ahí.

Valeriano invitó a Nicolás a que se sentara con él.

—Nicky, sé que no quieres estar aquí, que esto te parece *el culo del mundo*, pero tiene su encanto.



Era cierto, él no quería estar ahí, en el lugar más recóndito de Valencia. Nunca lo habría llamado “el culo del mundo”, pero puede que no fuese del todo erróneo. Aunque, para llamarlo así, el mundo debería haber sabido de su existencia, y aquel pueblo estaba demasiado escondido como para eso. Esa era la verdadera definición de soledad. Valeriano continuaba callado, esperando a que su nieto comenzara una conversación que sabía que jamás llegaría, a no ser que él le diera un impulso.

—Vuestro problema, el de la gente en general, es que no estáis *sintonizados*.

—¿Sintonizados?

—Sí, con el ambiente que os rodea. Fíjate, llevas aquí desde anoche y todavía no me has preguntado por el río, ¿lo recuerdas? Cuando eras niño siempre hablabas de él — desvió la mirada hacia el cubo del falso pozo, tan pequeño que a penas podría contener dos litros de agua—. A tu madre también le gustaba.

Su madre. Era la primera vez que pensaba en ella desde que había llegado. Por su culpa estaba él allí, después de tanto tiempo.

—Si de verdad quieres dejar de sentirte tan mal —dijo Valeriano, a la vez que se levantaba del banco de piedra—, sintonízate.

Nicolás, en una imagen patética, con los ojos abiertos y las palmas de las manos hacia arriba, observó a su abuelo desandar el camino hacia su casa. Realmente aquello le había pillado desprevenido. Su abuelo no debería de saber nada sobre la depresión que, según su madre, padecía desde la muerte de su padre. Y, sin embargo, resultaba evidente que Valeriano conocía más cosas de las que él creía. Se reclinó en su asiento de nuevo, cruzando los brazos sobre el pecho, y empezó a pensar.

Su madre, consciente de la decadente tristeza en la que se encontraba inmerso su hijo, le preparó las maletas y le obligó a marcharse al pueblo, donde podría respirar aire puro y pasar tiempo con Valeriano. Pero aquel también era el lugar donde estaba el tractor, el artefacto que le había arrebatado a su padre, y la sola idea de dormir en la misma casa que eso le parecía inconcebible. Por las noches parecía *respirar*. Un nudo comenzó a formarse en su garganta, enredando sus sentimientos en una maraña confusa. Era la primera vez que volvía al pueblo desde el accidente y eso suponía enfrentarse a sus miedos.

Algo en el bolsillo trasero de su vaquero vibró emitiendo un chasquido y provocando una escueta sonrisa en sus labios, que contrastaba notablemente con sus ojos acuosos. Allí había cobertura. *Sintonízate*, había dicho su abuelo. Su teléfono ya había encontrado su propia red, pero él necesitaba una señal más grande, aunque aún no tenía claro cuál. Necesitaba su propio chasquido: *chas*. Sacó el móvil de su pantalón y se conectó para revisar las docenas de mensajes que acababan de llegarle. Entonces, los problemas parecieron un poco más pequeños, y el dolor por la pérdida de su padre quedó en segundo plano, a medida que se abría paso una pantalla luminosa.

Estaba tan absorto en sus redes sociales, que apenas se dio cuenta de que había anochecido a su alrededor.

Nicolás Ávila descendió por la calle que había recorrido con su abuelo horas antes, con la cabeza agachada, las manos en los bolsillos de la chaqueta y el humeante teléfono





en los vaqueros. Le dolía la cabeza, pero no le importaba: había sido una buena tarde. Caminaba mirándose los pies cuando una mujer lo paró poniéndose delante de él. A sus cincuenta y dos años, ella representaba la viva imagen de la juventud en el pueblo. Fatigada por la subida —que Nicolás sospechaba que había hecho corriendo— se dobló por la cintura y apoyó las manos en sus muslos, tratando de recuperar el aliento.

—Eres el nieto de Valeriano ¿verdad?

Los mofletes rojos de Ofelia resaltaban en su cara pálida. Nicolás asintió con la cabeza, y esperó a que la mujer que lo había abordado continuara.

—Tu abuelo se ha desmayado en la plaza, creen que ha sido un mareo, pero a estas edades nunca se sabe...

Nicolás dejó de escuchar. Sintió un balanceo, leve pero intenso, y pensó que su corazón acababa de describir la misma voltereta dentro de su pecho que el café en la cafetera de su abuelo. Ofelia seguía hablando pero él estaba muy lejos de allí, incluso el repiqueteo constante de su dolor de cabeza parecía lejano, como si le estuviese ocurriendo a otra persona. Ella le dijo que habían llevado a Valeriano al hospital más cercano y le indicó cómo llegar.

Nicolás corrió por las calles hasta llegar a su casa. Aquel mareo de su abuelo bien podría ser un bajón de azúcar o un derrame cerebral. *Antes había aquí un sanatorio*, pensó. Sí, pero el sanatorio se queda pequeño para las dolencias que superan un corte. Enfiló por la carretera sin asfaltar y maldijo a los responsables de su estado. Inconscientemente su cabeza volvió a su padre y al accidente con el tractor. No podía perder a su abuelo de esa manera, en el mismo lugar. Tal vez también fuera tarde para socorrerlo a él, si el técnico de la luz no era capaz de llegar hasta allí quizá tampoco lo hicieran los médicos.

Condujo durante cuarenta y cinco interminables minutos hasta que desembocó a lo que parecía una ciudad más moderna. Más *preparada*. Aparcó en batería cerca de un edificio bajo y entró en el hospital a trompicones. Preguntó por su abuelo y estaba allí. Bien. Estaba despierto pero no podía recibir visitas. Si todo iba así, al día siguiente estaría de vuelta. Todo era tranquilizador, excepto que Nicolás no podía quedarse a pasar la noche con él.

Volvió al coche y condujo hasta el pueblo de nuevo. No había ningún hostel donde alojarse en aquel intento de ciudad, y mucho menos lo había por los alrededores, así que no le quedaba más remedio que volver. La idea de que su abuelo no estuviese del todo bien seguía rondándole la cabeza, pero ahora estaba más calmado. De pronto, mientras cambiaba de marcha para coger el camino pedregoso, una alarmante idea cruzó su mente: le había dejado su teléfono a la enfermera de recepción y si pasaba algo no dudarían en llamarlo pero, ¿cómo iban a hacerlo si no tenía cobertura?

Nicolás apoyó la cabeza en el asiento del conductor, consciente de que se sentía agotado. Si el único lugar del pueblo con conexión a internet era el mirador, tal vez tuviera que pasar la noche ahí. Dejó el vehículo enfrente de su casa y entró. Como único saludo obtuvo el titileo constante de las luces del porche. Cogió una mochila y en ella metió dos mantas. Después, se bebió la última taza de café que quedaba, la que había reservada para las visitas, y se encaminó hacia el mirador, decidido a hacerle frente a una larga noche.



Colocó su manta en uno de los bancos que rodeaban el pozo e improvisó una almohada con la mochila. Se quedó sentado en el filo de piedra, sintiéndose el hombre más pobre del mundo, y con el frío de la noche acariciándole las mejillas. Desde el mirador todo parecía un poco más poético, un poco menos real. Le volvía a doler la cabeza, además de la espalda. Sentía el peso de cada parte de su cuerpo, estaba rendido. Las lágrimas se acumularon en sus ojos y a pesar de sus esfuerzos por contenerlas acabaron resbalando impasibles por su rostro. No tenía claro si lloraba por su padre, por su abuelo o por sí mismo. Se sentía perdido.

—Sintonízate ya, por favor —murmuró en la oscuridad.

Dejó su teléfono a un lado, mientras le entraban las diversas notificaciones que no se molestó en revisar. Oyó el rumor lejano del río. Se tumbó en su rudimentaria cama y fue entonces cuando quedó boca arriba, de cara a la luna. Nicolás no sabía decir cuánto tiempo estuvo llorando bajo las estrellas.

A las seis de la mañana ya había demasiada luz como para seguir durmiendo en la calle. Nicolás se incorporó poco a poco, procurando estirar cada músculo de su entumecido cuerpo, al tiempo que el sol se elevaba perezoso por el este. Se levantó y caminó despacio hasta el borde del mirador. Cerró las palmas de las manos entorno al cordón de seguridad y echó el cuerpo hacia delante, hinchando sus pulmones del aire puro que bajaba de las montañas. Giró la cabeza a un lado, y se quedó absorto con la imagen que se presentó ante él.

Parecía sacada de una postal. El temprano sol alargaba las sombras de las casas, provistas de vidrios de colores en las ventanas, y las proyectaba nítidas sobre el suelo de piedra. En conjunto, parecían un puñado de pequeñas viviendas envueltas en manchas de acuarela. Al cabo de unos minutos, las sombras de agua se mezclaban entre ellas y después, cuando el sol se elevaba unos centímetros, desaparecían. Nicolás se quedó prendado de aquel fenómeno, llegando a dudar incluso de que algún vecino se hubiera dado cuenta jamás de él. Creyó encontrar la luz que necesitaba el pueblo para resurgir.

*Chas.*

Su móvil sonó a las tres del mediodía y emprendió el mismo recorrido que había hecho la noche anterior. Durante el camino de regreso Nicolás se mostró muy animado, relatando a su abuelo paso a paso lo que había visto durante el amanecer. Valeriano se acomodó en el asiento del copiloto y miró a su nieto. Sus ojos tenían un brillo distinto al de antes, uno más vivo. Torcieron a la derecha y atravesaron la entrada del pueblo.

—¿Sabes? A este sitio le hace falta más gente como tú.

—Más gente...

—Si los jóvenes no lucháis por esto, al final se perderá —bajó la voz, como si fuera a confesarle un secreto que nadie podía saber—. El mundo necesita sintonizarse de nuevo Nicky, si tú tienes la manera, ayúdalos.

Esa noche Nicolás tardó más de lo normal en conciliar el sueño, mientras rondaba en su cabeza una idea recurrente: ¿y si el progreso no era vivir en la ciudad, sino justo al revés? ¿Y si el secreto radicaba en volver a los orígenes?



Nicolás madrugó durante los días siguientes, con la puntualidad exquisita que confiere tener un propósito, y observó el mismo fenómeno todas las veces. Al quinto día levantó su teléfono por encima de su cabeza y tomó una foto de las sombras fundiéndose en el suelo pedregoso. Al subirla a sus redes sociales, las cuales llevaba sin usar desde el desmayo de su abuelo, escribió en el pie de foto: “conoce la magia de otro mundo”.

Al finalizar el invierno, la madre de Nicolás lo llamó para que regresara, y él rechazó la propuesta. Había decidido quedarse a vivir allí y descubrir poco a poco la magia particular que tenía cada pueblo. Con el tiempo, algunos curiosos visitaron el Pueblo de las Sombras de Agua buscando, además de su encanto, su propia sintonización.

Seis meses más tarde, Nicolás estaba preparando café para seis personas que lo aguardaban en el salón. Se sentó en una silla de madera y miró a través de la fina cortina en dirección al tractor. Seguía hibernando allí dentro, pero a él ya no le suponía ningún problema, ahora se sentía *en conexión* con el ambiente. La cafetera emitió un chirriante silbido y Nicolás se levantó a servir el líquido en los vasos.

Observó la profundidad de la cafetera vacía y sonrió a los posos pegados en el fondo. Ya no había ninguna taza para la soledad en aquel pueblo, y ese era el primer paso para que no lo hubiera en ninguno. Su nuevo propósito era encontrar y erradicar todas las sombras de café.

María Carnacea Mena 1 Bachillerato B

REPUBLICA DE COLOMBIA  
GOBIERNO NACIONAL DE CULTURA  
Diciembre

22 ABR. 2020

Nº 162

ENT. N.º 162 EXIDA

1/1